



Viaje a Misiones¹

Eduardo L. Holmberg

CAPÍTULO I *Antecedentes del viaje a Misiones*

VIAJES A LAS COMARCAS AUSTRALES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES. • VIAJE AL PARANÁ. • EL GOBERNADOR RACEDO Y SU MINISTRO LAURENCENA. • EL PROFESOR SCALABRINI. • TORIBIO J. ORTIZ. • JUAN AMBROSETTI. • EL MUSEO PROVINCIAL DE ENTRE RÍOS. • FÓSILES TERCARIOS. • EXCURSIONES DIARIAS. • VIAJE A SANTA FE. • PECES DE LAS GUAYANAS Y DEL AMAZONAS EN AGUAS ARGENTINAS. • IMPORTANCIA DE ESTE HECHO BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HIDROGRAFÍA DE SUDAMÉRICA.

«¡Oh! ¡Un viaje a Europa! ¡París! ¡Oh! ¡París!», he oído decir muchas veces.

En efecto, parece que hay allí una tentación.

Pero ¿podría comparar el placer de estar en París con la angustia de que un viajero o un naturalista me preguntara en la capital de Francia: «¿Y Misiones?, ¿qué es eso?, ¿qué hay de positivo respecto de esa tierra misteriosa?»?

En cualquier otra parte del mundo me atrevería a contestar: «no sé». En París, jamás.

Y ¿por qué? preguntará el lector.

Porque esa gran ciudad del Viejo Mundo es el vínculo que nos ata, a los que hablamos o escribimos bien o mal el idioma de Castilla, con los pueblos del Norte.

¿Y es esto una cosa tan grave?

Será o no será; mas ello andaba por ahí dando vueltas. ¿Personal? Puede ser.

Mi ideal no es un viaje a Europa; pero, una vez realizado ¿no será un verdadero placer el contestar: «¿Misiones?, aquí está.»?

Esta idea, que un lector perspicaz ampliará a su gusto, me preocupó alguna vez; mas no era determinante: fluctuaba como un velo muy transparente sobre un grupo de ideas bien perfiladas.

Poco a poco, empero, el giro que tomaban mis trabajos, el programa de actividad intelectual que elaboraba lentamente para mi vida y las exigencias de las investigaciones relacionadas con un plan definido me obligaron a proyectar un viaje a Misiones.

A fines de 1882 estaba resuelto.

¹ Agradecemos a la Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos por su colaboración con los capítulos de *Viaje a Misiones* (2012). También a Sandra Gasparini, quien reconstruyó las notas al pie de la edición (N. E).

Sin embargo, tenía que visitar también las Sierras del Tandil y de La Tinta, al sur de Buenos Aires.

Las circunstancias se encadenaron de tal modo que me decidí por el viaje a La Tinta.²

Si un accidente inesperado detuvo mi tarea general, no por eso he pensado que lo haya sido definitivamente, mas, como quiera que sea, completé una parte del material que buscaba. Esto era a principios de 1883.

A mediados del mismo año resolví dedicar los meses de verano a la parte del Territorio de Misiones que pudiese recorrer. Entonces fue que solicité el concurso de la Academia y no recordaré aquí, por considerarlo superfluo, que en el acto se aceptó mi pedido. A fines del 83 tenía todo pronto para emprender mi viaje cuando el gobierno de la provincia de Buenos Aires me encomendó un estudio de la Sierra de Curá-malal. Pero, como el viaje a Misiones me parecía más urgente, como que los materiales que entonces necesitaba no podría hallarlos en dicha Sierra austral sino en el Territorio nombrado del norte, hice el viaje, manifestando al Ministerio competente que no podría emplear en la excursión sino muy pocos días y ellos, en verdad, bastaban y bastaron para el punto principal que se me había recomendado.³

Pero en Curá-malal sucedió lo que más lejos estaba de mí. Apenas de regreso, la fiebre tifoidea, cuyo microbio habitaba sin duda las aguas del sur, puso mi vida en peligro. Convaleciente aún, demacrado por la enfermedad, pero cuando ya empezaban a reponerse mis facultades, una de esas desgracias de familia que dejan una huella indeleble para toda la vida, sacudió la poca fuerza que había recuperado. Sin embargo, el deseo de cumplir con la Academia, ya que, de todos modos, lo mismo era entonces para mí un año que otro, me dio ánimo para ponerme en camino. El compromiso contraído por el hecho de haber recibido una pequeña cantidad para el viaje a Misiones podría haberlo eludido haciendo una devolución pero se me ocurría que no era éste el medio más oportuno, como que ello habría significado que, al renunciar a la cooperación de la Academia, renunciaba al cumplimiento de un compromiso contraído con ella, suprimiendo en tiempo una cantidad que pudo haber sido empleada por otro, quizá con más provecho para la Academia y para el país.

Entre tanto, terminaba febrero del 84 y sólo me quedaban pocos días libres. Ya que no podría emprender el viaje a Misiones, procuré dirigirme a otro punto del norte y, cuando consulté a la Comisión Directiva, ésta me contestó que fuera adonde quisiese, que la Academia no me señalaba itinerario y que bastaba a las exigencias de su reglamento que mi excursión fuera hecha dentro de los límites del territorio argentino.

Con fecha primero de marzo salí de Buenos Aires en el vapor *Río Uruguay* en dirección a la ciudad del Paraná. El viaje, en sí mismo, no ofreció nada de particular y la circunstancia de hallarme convaleciente de una enfermedad grave no me permitió emprender excursiones a puntos situados a cualquier distancia en que pudiese

² Este viaje, tercero a esa comarca, y los dos anteriores, han sido la fuente de la obra *Viajes al Tandil y a La Tinta*, Actas de la Academia de Ciencias de la República Argentina, t. V. (en publicación). (N. del A.)

³ El resultado fue un informe publicado así: *La Sierra de Curá-malal*, Buenos Aires, Imp. Pablo E. Coni, con mapa, láminas crom. y fig. interc., pp. IX, 83, 8°, 1884. (N. del A.). *Viaje a las sierras del Tandil y de la Tinta*, Actas de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba, Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1884, tomo V, entrega segunda. Fue realizado entre 1881 y 1883. (N. de la E.)

comprometer la exigua salud, ya sea por la intemperie, ya por las agitaciones mismas del trabajo.

Alojado en el hotel del puerto, lejos del bullicio de la ciudad y libre de sus inconvenientes, emprendí excursiones diarias, siguiendo casi siempre la costa, unas veces hacia arriba, otras hacia abajo.

En este viaje me acompañó como Ayudante un primo y amigo a quien estimo altamente y cuyos servicios, reconocidos en mi excursión a Curá-malal, no se desmintieron en el Paraná. Me refiero a Carlos Rodríguez Lubary.

Apenas instalado en el hotel procuré visitar al ministro Laurencena,⁴ a quien me liga una amistad de largos años, y ahora pienso, como lo pensaba entonces, que si hubiera podido llevar excursiones por diversos puntos de la provincia de Entre Ríos se habrían puesto a mi disposición cualesquiera elementos que hubiera necesitado, estando al alcance del Gobierno, lo que no afirmo solamente porque sea una opinión sino por los ofrecimientos del doctor Laurencena, que me reiteró el general Racedo, gobernador de la provincia.⁵

Y aquí no se trataba puramente de cumplimientos banales, de esos que con tanta frecuencia surgen como obstáculos en los viajes cuando se llevan ciertas cartas de recomendación que desean atender los que las reciben y que después sólo sirven como primer peldaño para alcanzar la más triste pérdida de tiempo. Nada de eso. Ni llevaba cartas de recomendación, ni tenía para qué llevarlas. De todos modos, era inútil pensar en excursiones largas.

Al día siguiente de llegar, manifesté al doctor Laurencena que deseaba conocer al profesor Scalabrini, cuyos interesantes descubrimientos, en los depósitos terciarios del Paraná, son hoy universalmente apreciados por las personas que se dedican a la Paleontología o que siguen sus progresos con interés.⁶

Un momento después nos dirigíamos al Museo, donde el doctor Laurencena me presentó al distinguido y apreciable orictólogo.⁷ Allí estaba también un joven, un niño casi, con excelentes disposiciones para el estudio de los fósiles y que, si no encuentra obstáculos en su camino, si los triunfos de la investigación y del descubrimiento no le marean, como a tantos jóvenes argentinos que llegaron un día a ofrecer legítimas

⁴ Miguel Laurencena (1851-1928), abogado y político argentino. Fue ministro de Gobierno de Entre Ríos en el momento del paso de Holmberg por Paraná, capital de esta provincia. Luego sería gobernador en el período 1914-1918. (N. de la E.)

⁵ Eduardo Racedo (1843-1918), militar y político argentino. Desde 1883 a 1886 fue gobernador de la provincia de Entre Ríos. En 1884, a instancias de Pedro Scalabrini (ver nota 8), fundó el Museo Provincial organizado sobre la base de las colecciones del profesor, quien fue nombrado también director. El Museo funcionó en la misma casa de Scalabrini hasta 1888. En 1886, Racedo fue ministro de Guerra y Marina de la Nación, durante las presidencias de Miguel Juárez Celman y de José Figueroa Alcorta, más adelante. (N. de la E.)

⁶ Pedro Scalabrini (1848-1916), proveniente de Como, Italia, llegó a la Argentina en 1868. Enseñó ciencia y filosofía en la Escuela Normal de Paraná, donde difundió sus ideas positivistas y dirigió el Museo de Paraná. En Corrientes, en 1898, nacerá su célebre hijo, Raúl Ángel Toribio Scalabrini Ortiz. (N. de la E.) El término *orictología* (del griego, *oructós*: cavado, sacado de la tierra, fósil) designaba en el siglo XIX a la paleontología o a la historia de los fósiles. Orictología no figura actualmente en los diccionarios de lengua castellana. (N. de la E.)

⁷ El término *orictología* (del griego, *oructós*: cavado, sacado de la tierra, fósil) designaba en el siglo XIX a la paleontología o a la historia de los fósiles. Orictología no figura actualmente en los diccionarios de lengua castellana. (N. de la E.)

promesas de un hermoso porvenir en las ciencias, en las letras o en las artes y se paralizaron, embriones vigorosos, por la tentación diabólica de la política, por el oropel de una primera victoria o por el cansancio al comenzar, seducidos por otros brillos más fastuosos pero menos duraderos que los que oculta el cerebro, será indudablemente una figura. Pero no se ha de marear. En su precoz seriedad se presiente el vigor de las responsabilidades que lo subjetivo crea. Toribio Ortiz era,⁸ en 1884, Ayudante del Museo.⁹ Iniciado apenas en los difíciles secretos de la Osteología Comparada, reúne a su aplicación un golpe de vista firme y certero que sintetiza operaciones largas y penosas cuando de él se carece y que luego comprueba por un análisis tan prolijo en sí mismo como respetuoso por la ciencia.

Me he detenido un momento en el Ayudante porque, si mi pronóstico se realiza, deberá contarse entre los mejores descubrimientos de Scalabrini, su hermano político, quien lo ha encaminado.

Scalabrini mismo no es «un hombre de ciencia» según sus propias palabras. No es esto decir que no lo sea, porque hay que averiguar qué es «un hombre de ciencia». Profesor de la Escuela Normal del Paraná, donde brilla por sus ideas liberales, no enseña la Filosofía de muchos filósofos que yo conozco ni procura que sus discípulos aprendan *bien* la lección y la repitan como loros. Expone los hechos positivos, los hechos palpables, los muestra desnudos, los viste, los combina, los somete al sentido común; y cuando todos los que tienen sentido común han llegado a conocerlos bien, procura arrancar de ellos las deducciones que ocultan, aplicándoles simplemente el buen sentido. Porque la Filosofía, para enseñarla, es muy difícil cosa si tales condiciones faltan.

Comenzar por enseñar lo que se considera de buen sentido sin los hechos, y exigir el sentido común sin el examen previo de ellos, es algo que todavía reina en los dominios del oficio filosófico.

Como profesor de Filosofía, y más que esto, como hombre de estudio y meditación, ha llegado a hacerse propia la idea de que toda enseñanza no basada en las adquisiciones intuitivas es vana y estéril. Muchos pedagogos piensan lo mismo pero, cuando llegan a ciertos puntos que pueden responsabilizarlos ante aquellos a quienes están subordinados o ante algún fantasma del misticismo, prefieren hacer estudiar la base de memoria y edificar sobre ella.

Con semejante método, pues, la Filosofía pierde sus oscuridades y se prepara así el triunfo de la Razón. Además de aplicarlo Scalabrini ha hecho otra cosa. Que tiene buenas lecturas, eso se comprende; pero, en vez de recitarlas, en vez de recorrer las librerías para buscar la última palabra de los filósofos ha recorrido algo mejor. Discípulo de Auguste Comte, de Littré, de Herbert Spencer, de Huxley, de Büchner... ha hallado un vasto campo en la Naturaleza misma y removiendo los yacimientos terciarios que parecen el corte de un libro en las barrancas sobre las cuales tiene asiento la capital de Entre Ríos, abre sus hojas en presencia de sus discípulos, les manifiesta los hechos, les argumenta con lo indiscutible, y los discípulos, llenos con el precioso caudal

⁸ Toribio Eduardo Ortiz (1865-1918), se dedicó al estudio de las Ciencias Naturales. Colaboró con Pedro Scalabrini en la fundación del Museo provincial de Entre Ríos (1884). Ese mismo año integró la Comisión Científica de la expedición al Chaco y, junto a Scalabrini y Juan B. Ambrosetti, trabajó en la consolidación de las tareas científicas y museológicas de la provincia. Ver *Introducción*. (N. de la E.)

⁹ Hoy es Director de la Sección Paleontológica del mismo Museo. (N. del A.)

de lo indudable, pletóricos de verdad, sedientos de explicación, elaboran poco a poco sus castillos filosóficos, cuyas puertas, apenas entornadas, dejan libre paso al insinuante buen sentido del profesor.

Pero no bastaba señalar los hechos. Era necesario reunirlos, conservarlos como documentos sin precio, librarlos de la inclemencia del tiempo y, más que del tiempo, de las importunidades de la ignorancia y de la estupidez simulada o real. Así comenzó a reunir los fósiles terciarios de la comarca; así se inició su colección paleontológica, una de las más ricas que hoy existen en la República Argentina. No fueron aquéllos acumulados, diagnosticados, restaurados, definidos, etiquetados, encajonados y publicados para que algún día pudieran servir para la enseñanza, ¡no!, primero fueron manifestados y explicados y cuando la enseñanza quedó terminada, entonces se conservaron.

Esto revela que Scalabrini no es «un hombre de ciencia» como lo quiere cierta superstición de nuestro país, que toma no sé a quién como arquetipo de los sabios, pero es un hombre muy útil.

Las colecciones reunidas por Scalabrini no tienen mérito solamente por la gran cantidad de especies y de géneros nuevos descubiertos sino también por la circunstancia de que han sido hallados en los mismos sitios en que por tanto tiempo han permanecido y escudriñado Darwin, D'Orbigny, Bravard y Burmeister.

Cuando visité el Museo tuve oportunidad de ver allí los restos principales de unas setenta especies de Vertebrados superiores, sin contar numerosos vestigios accesorios como escamas, vértebras, etc. de ciertos peces.

Pero he hablado de este Museo Provincial de Entre Ríos en el Paraná, el que, a mi juicio, dentro de una esfera limitada de observación publicable, constituye un timbre de honor para el gobierno de esa provincia, máxime si se tiene en cuenta la existencia de ciertas dificultades para su creación.

Cómo surgió la idea... esto hace poco al caso. Pero sí hace estotro. Cierta día anunciaron los diarios que el gobernador Racedo había vuelto a la capital muy satisfecho de una excursión llevada a cabo con el profesor Scalabrini, y otros agregaban que el gobernador y el profesor, con picos y palas y barretas y cuchillos, estaban desenterrando un magnífico fósil.

No se me ha ocurrido averiguar quién entusiasmó al general; pero es evidente que percibió con claridad la importancia de este género de investigaciones con relación al desenvolvimiento de las ideas liberales, al progreso de la educación y, por lo mismo, al progreso positivo del país. Porque –y no pretendo ser el primero en decirlo– no basta tender vías férreas, abrir canales y facilitar el movimiento de la riqueza material, fomentándola con las tentaciones de que hoy dispone la industria para activar a pueblos dormidos. Se puede ser muy rico y ser un bárbaro. Ni basta tampoco saber leer y escribir para no ser un esclavo. La cantidad de sentimiento de independencia que se adquiere por la acumulación de fortuna intelectual, por el análisis de las conquistas mentales sucesivas, por el desarrollo del criterio en la creación de sumandos de libertad personal son hechos que se sobreponen a todas las ilusiones de una pedagogía pretenciosa, susceptible de dar un tumbo en presencia de una estadística cruda y severa que le demuestre para qué sirve el saber leer y escribir si no se sabe pensar; o, en otros términos, para qué sirve saber filosofía si se ha aprendido de memoria.

Pero el hecho es que el gobernador Racedo, hábilmente secundado por su ministro Laurencena, fundó el Museo del Paraná. Scalabrini fue nombrado director, Ortiz ayudante secretario, más dos o tres empleados subalternos.

No habiendo todavía local en qué instalarlo, el director lo estableció, por decirlo así, en... no sé cómo se llama, en una especie de aposento octogonal cerrado que había sido, no hacía mucho, reñidero de gallos.

Cuando lo visité, en marzo del 84, estaba lleno pero bien pronto pasaría a mejor local. Una vez terminada la nueva casa de la Legislatura, e instalada la Cámara en ella, el Museo ocuparía la vieja, la que lo había sido en tiempo de la Confederación.

¡Transmigraciones singulares! Un reñidero convertido en museo y este mismo museo trasportado a otro mejor. Porque hubo riñas en aquellos tiempos de la Confederación. Todos los argentinos lo sabemos de memoria. Pero ahora somos intuitivos.

Al día siguiente, el doctor Laurencena me invitó a visitar al general y comprendí que su entusiasmo no era una palabra compuesta de sílabas sino algo muy serio y que, por sus manifestaciones, se asemejaba bastante al que domina a los especialistas. Me hizo pasar al comedor adonde ordenó que se trajeran unos cajones que acababa de recibir. «Es una sorpresa que reservo para Scalabrini» me dijo. Entre los diversos fósiles que me hizo ver, en su mayor parte piezas de grandes mamíferos, había uno muy interesante, incluido en su mayor parte entre un cemento bastante duro. Me pareció, por la porción descubierta, un Loricarino (vulg. Vieja del agua) que debía estar entero.

Sea como fuere, el Museo ha tenido últimamente un aumento valioso. Encargado de la Sección Zoológica un joven entrerriano, Juan Ambrosetti, éste ha regalado toda su colección, en la que, además de numerosos animales de distintos grupos, figuran muchas piezas preciosas, obra de los salvajes de Sudamérica, lo que inicia, por decirlo así, la colección etnológica.¹⁰ Si el entusiasmo y la habilidad para coleccionar y obligar a ello son elementos para enriquecer un museo, no será por falta de ellos si Ambrosetti, otra perspectiva con veinte años, no consigue llenar bien pronto el salón o espacio que se le destine.

Entretanto, Ameghino ha publicado ya las descripciones de todos o de casi todos los mamíferos reunidos por Scalabrini en los depósitos fosilíferos del Paraná y como sus trabajos quedan incluidos en diversos tomos del *Boletín de la Academia* es inútil que haga mención de ellos.¹¹

¹⁰ Juan B. Ambrosetti (1865-1917), etnógrafo, arqueólogo y folklorólogo entrerriano, contrajo matrimonio con Helena, una de las hijas de Holmberg. Bajo su tutela y la de Florentino Ameghino alcanzó una importante formación autodidacta y enseñó Arqueología americana en la Universidad de Buenos Aires, que lo nombró Doctor Honoris Causa en 1910. (N. de la E.)

¹¹ En su última publicación: *Contribuciones al conocimiento de los mamíferos fósiles de los terrenos terciarios antiguos del Paraná*, Memoria IV (*Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, tomo IX, páginas 5-226, mayo de 1886), Ameghino ha dado, como Apéndice, página 217, una «Sinopsis de los mamíferos terciarios antiguos del Paraná hasta ahora conocidos», lo que eleva a 59 el número de géneros, con 82 especies. (N. del A.)

[En las *Adiciones y Enmiendas* (desde ahora *AyE*) incorporadas al final del volumen de la edición original el autor agrega a esta nota el siguiente texto:] En los momentos en que este pliego se imprime se termina una obra de Ameghino que contiene las descripciones de todos los Mamíferos fósiles conocidos en nuestro país, citando también los actuales. Su título es *Mamíferos fósiles de la República Argentina* y es obra digna de la laboriosidad y talento de su autor. Ella representará ciertamente un paso de gigante en la Ciencia Nacional.

Hallándonos en el Museo, el doctor Laurencena me preguntó si podría Ortíz serme útil como compañero de tareas y por mi afirmación fue invitado a ello, haciéndole notar aquél, de paso, que las excursiones que conmigo hiciera podrían servirle como de preparación, ya que nos ocuparíamos de reunir piezas que aún no figuraban en el programa del Museo pero que, más tarde, constituirían una parte de su cuadro.

Durante los días que permanecí en el Paraná Ortiz me ayudó eficazmente. Más tarde, hallándome de regreso, leí un suelto de un diario, transcripción de otro del Paraná, en el que se hacía mención de un Informe que Ortiz había pasado al director del Museo dándole cuenta de la manera como había empleado su tiempo en las citadas pequeñas excursiones. Como en este trabajo incluyo todo el material reunido no tiene objeto la transcripción de dicho Informe que, por otra parte, no ha llegado a mi poder.

Como podrá observarse, esta obra de viaje no lo será de conjunto con relación a los productos naturales de las comarcas que he visitado sino una simple enumeración descriptiva, cuando el caso lo requiera, de los mismos, como así también de los que, en diversas ocasiones, han puesto otros coleccionistas a mi disposición y cuyos nombres, más de una vez repetidos, muestran bien claramente el interés que han tomado por esta clase de tarea. No quiero dar aquí tales nombres porque temería olvidar alguno; pero no sucederá tal cosa en el curso de la publicación, rogando a aquel que me haya enviado algún objeto, y no lo recuerde, que lo atribuya a simple olvido o descuido.

Pero vamos al caso.

No siendo un trabajo general debo, sin embargo, dar aquí las causas por las cuales no hago mención de muchas observaciones relacionadas con investigaciones excluidas de su seno.

Daré comienzo por la base.

Las barrancas sobre las cuales se extiende el área o ejido de la ciudad del Paraná, presentando sus cortes en casi toda la costa del río por la parte que corresponde a la provincia, y que lo encajonan en una extensión considerable de Corrientes también, han sido objeto de largos estudios de los cuatro célebres naturalistas cuyos nombres figuran juntos en página anterior y encierran no sólo para el geólogo sino también para el paleontólogo preciosas revelaciones de la vida terciaria en nuestro suelo, mientras que la sucesión de sus mantos enseña las curiosas alternativas por las cuales han pasado las superficies. He observado esas barrancas y he colectado algunos Moluscos fósiles en ellas; pero no tienen valor de novedad sistemática, como que todos los que se han ocupado del estudio de dichas barrancas han hecho mención de ellos. Los he conservado como simples piezas de colección. Nada nuevo tengo que decir respecto de tales mantos.

En cuanto a los Vertebrados, no había que pensar. Ya he dicho que Ameghino ha publicado diversos trabajos relativos a ellos y ahora sólo me resta agregar que también ha dedicado y dedica especial atención a los yacimientos mismos.

Quisiera decir dos palabras respecto de las plantas. En 1878 publicó el doctor Lorentz su obra *La vegetación del nordeste de la provincia de Entre Ríos* y, desde entonces hasta ahora, nada nuevo se ha agregado a la tarea del laborioso botánico, que una enfermedad traidora arrancó súbitamente a sus trabajos, a los amigos y al progreso científico del país. Hubiera deseado agregar algunas especies más a su lista enumerativa; pero dos inconvenientes se opusieron a ello: por una parte la época no

muy favorable a las herborizaciones y, por otra, la *seca* que mantenía la vegetación en un estado tan triste como miserable. Ni una sola planta en flor vi que no estuviera citada por Lorentz como abundante en Entre Ríos y que, a la vez, no pudiera encontrarse en la ribera del Plata, cerca de Buenos Aires.

Debí, pues, concretarme a los animales. Y no tanto por las circunstancias anunciadas sino también porque las exigencias mayores de mis propios trabajos así lo requerían.

De los Vertebrados sólo dos grupos podían reclamar mi atención: las Aves y los Peces. Busqué las primeras y observé que eran en extremo escasas y, si hallaba algunas, cuando no se trataba de especies muy vulgares en toda la costa del Paraná eran citadas como tales por el doctor Burmeister en su *Systematische Uebersicht der Thiere des La Plata-Staaten*, en su obra *Reise durch die La Plata-Staaten* o, más aún, en la publicación del doctor Adolfo Doering: *Noticias ornitológicas de las regiones ribereñas de río Guyquiraró*,¹² trabajo que publicó en la entrega III, tomo I, del *Periódico Zoológico* y fundado no sólo en sus propias investigaciones sino también en las del habilísimo ornitólogo Schulz, quien ha permanecido allí cerca de siete años. Renuncié a las Aves después de varias salidas infructuosas. No puedo dudar de que habría hallado muy buenas presas en los bañados, ya sea en la costa entrerriana, ya en la opuesta; pero ¿hubiera sido razonable tal ocupación, en tales sitios, convaleciendo de la fiebre tifoidea?

Pasé a los Peces. Llevaba conmigo una red de quince metros por dos. El Paraná estaba muy crecido y la corriente, allí, como siempre, era muy violenta. El doctor Laurencena me presentó al subprefecto marítimo, quien tuvo la amabilidad de poner a mi disposición dos pequeñas embarcaciones debidamente tripuladas. Rodríguez y Ortiz me acompañaron en ésta como casi en todas las demás ocasiones. Después de muchos tiros infructuosos y que adquirirían más el carácter de tales porque los marineros no me entendían (y citaré el caso de una expresión mía incomprensible para ellos: *sepárense de la costa*, que recién al fin fue interpretada por *ábranse*, ¡como si se tratara de una orden imperial japonesa a un grupo de generales en desgracia!) resolví regresar, ¡sin que la red entregara otro secreto de las aguas que un cangrejo retardatario! Varios amigos, a quienes más tarde referí lo que me había pasado, me dijeron que la pesca allí era siempre muy difícil y que, si disponía de tiempo, lo mejor que podría hacer sería pasar a Santa Fe donde, en una laguna que desagua en el riacho, había unos vascos que fabricaban aceite de pescado y que echaban su red de más de cien metros cada dos o tres días, sacando innumerables ejemplares de todas clases. La verdad es que valía la pena no desperdiciar aquella ocasión.

Hice anunciar a Ortiz que al día siguiente me embarcaba para Santa Fe. El aviso no se dio, o se dio mal, y, al otro día, con mi compañero Rodríguez tomamos pasaje en el *Carry* y atravesamos oblicuamente el Paraná, esta maravilla de todos los ríos. Entramos en el riacho de Santa Fe y tuvimos la oportunidad de observar desde la cubierta los terrenos muy modernos, llenos de vegetación paludosa y de innumerables aves que no por ser comunes carecían de interés, entre otras el Capitá (de Azara),¹³ linda avecilla que destacaba entre los juncos, que blandía con su exiguo peso, la roja cabeza sobre el pecho blanco y dorso pardiplomo. Por vez primera la veía en libertad. Bandadas

¹² Río que desagua en el Paraná y que separa las provincias de Entre Ríos y Corrientes. (N. del A.)

¹³ *Paroaria capitata* (D'Orb.), Bonap. (N. del A.)

incalculables de Xantornos,¹⁴ Agelaios¹⁵ y Ambliramfos¹⁶ se alejaban del juncal una vez que el vapor se aproximaba; los Martín-pescadores (las tres especies) cruzaban de una a otra orilla; las Garzas y Garcetas, en tranquila contemplación, dejaban pasar sin sorpresa la inofensiva máquina y los Boyeros asomaban solitarios en la copa de algún árbol de la orilla. Las Palomas, menos confiadas, volaban en parejas mientras que, por todas partes, sacudían los Tiránidos¹⁷ sus alas inquietas, persiguiendo los mosquitos y frigánidos.

Cuando llegamos a Santa Fe, pronto supimos que los vascos de la laguna «ya no tenían pescado que sacar porque lo habían agotado» y que en busca de mayor abundancia se habían establecido nueve leguas más arriba. ¡Nueve leguas! Esto no era nada como distancia; pero tenía que recorrerlas en carruaje o a caballo llevando los tarros, el alcohol, etc., etc. Y después, disponiendo de poco tiempo, ¿tenía la seguridad de que los vascos echaran sus redes mientras estuviera yo entre ellos? En otras circunstancias aquello habría sido un paso, ¡pero en la actual! La reflexión maduró en flor o, más bien, la resolución fue instantánea: regresar al Paraná. Las pocas horas que el *Carry* debía permanecer en Santa Fe no fueron perdidas. Nos dedicamos a coleccionar insectos y otros articulados, consiguiendo algunas especies tanto más valiosas cuanto que algunas eran nuevas y otras eran, también, de nuevos géneros, sin contar las que, por vez primera, se habrían de citar de aquella localidad, o que, no siendo nuevas, bajo ningún aspecto científico lo eran para nuestra colección.

A la tarde llegamos al Paraná y abandoné la idea relativa a los Peces hasta alcanzar oportunidades mejores.

Al hacer estas indicaciones de carácter negativo, no se crea que me hallo impulsado por el deseo de inducir a pensar en inconvenientes insuperables ni que envuelvan sátiras como las de Mark Twain en su ascensión al Riffelberg. No pretendía someter ningún barómetro, ningún termómetro, ningún guía al perfeccionamiento y *accuracy*¹⁸ que determina la ebullición. Deseaba simplemente dar mayor campo a mis pesquisas pero no eludir las principales. En mi viaje al Paraná, como en mi viaje al Tandil, hallaba perfectamente natural que los argentinos de allí, como los de aquí, llamaran al fuego *fuego* y al buque *buque*; que se proveyeran en el mercado y que fueran los boticarios los que despachaban las recetas de los médicos y no los escribanos. Estas sorpresas no puede tenerlas ni gozarlas un argentino, que se encuentra tan preparado para comer un locro o una carbonada como *une milanaise* o *une croquette à la Pompadour*, o beber un jarro de aloja o de guarapo lo mismo que si fuera una copa de Champagne o de buen Rhin. Estas maravillas quedan para las golondrinas exóticas que nos *descubren* en nuestras tolderías de estilo corintio o en nuestros *wigwams* tipo Renacimiento.

Nada de esto, máxime tratándose de un grupo tan interesante como el de los Peces. Lo consigno, empero, porque si bien es cierto que iba preparado para coleccionarlos no lo iba para hallar tantas dificultades. Mi interés al respecto fue mayormente despertado por haber visto, en poder de un farmacéutico, una pieza de gran valor, cual era un ejemplar de la *Loricaria cataphracta*, una «Vieja del agua» con el

¹⁴ *Xanthornus pyrrhopterus* (Vieill.) Burm. (vulg., B. A., Boyerito). (N. del A.)

¹⁵ *Agelaius thilius* (Molina) Bonap. (N. del A.)

¹⁶ *Amblyrhampus ruber* (L.) Bonap. (vulg. Blandengue, Federal). (N. del A.)

¹⁷ A este grupo pertenecen los Benteveos, Tijeretas, etc. (N. del A.)

¹⁸ Así en el original. *Accurate* puede traducirse del inglés como “exacto, preciso”. (N. de la E.)

radio caudal superior prolongado más allá que la propia longitud del cuerpo del animal. Este espécimen, pescado en el Paraná, allí mismo, tenía para mí algo más que el valor de su presencia en nuestra fauna como una de tantas especies. Pero es que, según el autor por el cual lo determiné entonces,¹⁹ era originario de Cayena. Ahora bien: un pez de las Guayanas en aguas argentinas significaba la vinculación hidrográfica de aquéllas con éstas. No conocía entonces las palabras de Castelnau:

Bajo el punto de vista de la distribución geográfica debo decir que, en general, todos los Peces de la cuenca del Amazonas me parecen diferir específicamente de los de las aguas del Plata, lo que confirma la idea que he emitido desde ha largo tiempo, que todas las veces que los individuos de una especie de animales se encuentran completamente privados de comunicación con otros de la misma especie, tienden a modificarse aun cuando se les suponga descendientes de un tipo único y primitivo. Estoy bien persuadido de que inmediatamente que se establezca una comunicación artificial entre aquellos dos vastos estuarios, las especies cambiarán bajo muchos aspectos y que se verán aparecer, en el Paraná y en Buenos Aires, peces que hasta entonces eran extraños a esas regiones (p. IV).²⁰

Mas, de cualquier modo, si bien nada ofrece de particular que haya ciertas Aves comunes a ambas Américas no deja de ser curioso que haya los mismos Peces de agua dulce aquende y allende el Amazonas, cuando las cabeceras de sus ríos no se han señalado unidas.

Puede, empero, suponerse un centro común a la dispersión en lagos andinos derramando sus especies con el desbordamiento o atribuyéndolo a crecientes de Xarayes, enviando unos individuos al Amazonas y otros al Plata; entre tanto, ya que nuestra ignorancia de la hidrografía americana es tan grande, la *Loricaria cataphracta* es una fuente de investigación tan importante como llena de interés y que, considerada a través de las palabras de Castelnau, levanta un nuevo campo de fructíferas pesquisas.²¹

En los alrededores de la ciudad del Paraná he tenido más de un motivo de sorpresa agradable.

No era solamente la contemplación del hermoso paisaje, cuando a la hora del crepúsculo, después de un día sofocante, dirigía la vista a las barrancas destacando los caprichos de las grietas o trozos columnares separados y cubiertos con su baño de arcilla levigada; no era el continuo paso de las velas en el ancho río o el ruido de los vapores al sacudir sus aguas ni el espectáculo de los mantos vetustos con sus generaciones de mariscos sepultados en la sucesión de los tiempos; no era esto solamente (aunque confieso que en más de una ocasión tales cuadros me fueron gratos) lo que más

¹⁹ Giebel. (N. del A.)

²⁰ Francis de Castelnau, *Animaux nouveaux ou rares recueillis pendant l'expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud*, Paris, 1855. (N. del A.)

²¹ Al año siguiente, Solari pescó en el río Paraguay, al pie de Formosa, la *Lepidosiren paradoxa*. Natterer, que le dio nombre, la tenía del Amazonas y Castelnau cita la suya, que los autores, entre ellos Günther (*Catalogue of Fishes*, etc.) consideran idéntica y la hacen sinónimo del Ucayale, afluente del Amazonas. El animal argentino es pequeño pues no alcanza a un decímetro, lo que lo aleja de la corpulencia de la *L. paradoxa*; pero, a falta de tipos, me he visto obligado a considerar mi ejemplar como de la misma especie por corresponderle bien las descripciones. Hace tiempo que no me ocupo de Peces, por lo cual no puedo señalar otros que sin duda han enumerado Günther del Museo Británico y Steindachner del de Viena. (N. del A.)

contribuía a despertar mi actividad para las pesquisas. Apenas entregado por completo a los Invertebrados, tuve ocasión de observar formas que antes interesaban poco mi atención. Entre los alguaciles, por ejemplo, se hacía notable la *Uracis quadra*²² por su abundancia y el hecho de comparar su predominio en aquellos lugares con su escasez relativa en Buenos Aires, donde la sustituye con ventaja la *Æschna bonariensis*,²³ me hizo recordar que los Libelúlidos han sido bastante descuidados en las investigaciones llevadas a cabo en nuestro país. Tendré oportunidad de observar, en el curso de este trabajo, que he procurado remediar el olvido, no diré durante mi viaje al Paraná pero sí en mis investigaciones ulteriores, por ejemplo en Misiones y en el Chaco (1886), como se verá también en otros trabajos. De los otros grupos de insectos he reunido algunas piezas de valor. Recordaré por ejemplo, entre las Abejas, un *Anthidium*, para el cual, como para otras especies argentinas, he fundado el género *Anthodioctes*; una Nomadina muy bonita, la *Melectoides senex* de Taschenberg²⁴ y otros Ápidos, entre los cuales figuran la *Anthophora paranensis*, n. sp., y su parásito *Cælixys coloboptyche*, la primera notable por un extraño peine del clípeo y la segunda por el extremo superior del abdomen truncado y peludo. De los otros Himenópteros puedo citar algunos Crabronídeos, también nuevos, muy pocos Esfépidos y casi nada en Escólidos, Bembécidos y Mutílidos, compensando esta escasez, en cambio, numerosas especies de Avispas (Véspidos). Entre los restantes hay algunas chinches de interés, mariposas muy comunes y poca cosa de lo demás. Los Arácnidos eran escasos y los que quizá deben recordarse entre ellos son algunas hábiles tejedoras que se describirán en su lugar respectivo. Los otros grupos no merecen mencionarse.

Para el lector ajeno a nuestras costumbres argentinas debo recordar que, en general, la ciudad del Paraná se encuentra bajo un pie de desarrollo a la europea y que cada uno, según su caudal, encontrará lo que precise.

Allí se hacen observaciones meteorológicas regulares; existen registros civiles que se publican y las memorias oficiales que se dan a luz anualmente contienen el material que en tales obras se incluye. La ciudad tiene latitud y longitud como otras ciudades de ambos continentes; y si no hay error de minutos y aun de grados, como sucede a veces, es probable que un geógrafo tenga poco que hacer allí.

Bajo el imperio de estas convicciones, bajo la presión del plazo que me había marcado, y después de despedirme de mis antiguos y nuevos amigos y conocidos, regresé a Buenos Aires, donde pude entregarme al estudio y preparación de los materiales reunidos, estudio que ahora incluyo en este informe general (*Segunda parte*).

•

²² Rambur, M. P. *Histoire naturelle des insectes. Névroptères (Suites à Buffon)*, Paris, 1842, p. 31. (N. del A.)

²³ Id. *Æ. bonariensis*, Ramb. ° = *Æ. proxima*? Ramb. °, op. cit. (N. del A.)

²⁴ Es probable que esta especie fuera descubierta en 1858 por el doctor Burmeister durante su permanencia en el Paraná, de donde la cita el doctor Taschenberg en su reciente trabajo de 1883: *Die Gattungen der Bienen*, en el cual figura como género nuevo, así como la especie. Y es curioso que sea el único género nuevo que cita, así como induce a suponer que fuera el doctor Burmeister quien cazara los ejemplares el hecho de que se encuentren en el Museo de la Universidad de Halle, donde el ilustre sabio dejó sus colecciones para venir a Buenos Aires a hacerse cargo del Museo en 1861. (N. del A.)

Antes de pasar a otro punto, leo cuanto he escrito hace un año y, si bien encuentro algunas observaciones que podrían ser más breves o figurar con más eficacia en una obra de otro carácter, pienso a la vez que tendré que ocuparme en tantos casos de las costumbres de una araña, de una garrapata o de un gorgojo, con la confianza de que mis observaciones serán tanto más aceptables cuanto más prolijas, que prefiero dejar todo como está antes de quitarle el sello que lleva, máxime si se piensa que, desde entonces hasta ahora, no he cambiado de idea.

CAPÍTULO IX

En Misiones

BONPLAND. • SUS TRABAJOS PERDIDOS. • MERIDIANO DE BONPLAND. • LA VICTORIA REGIA. • LA SIESTA. • LA VIDA EN POSADAS. • EL TEMPLO. • LA BANDA DEL BATALLÓN. • EL CAPITÁN LATORRE. • UN POCO DE MÚSICA.

Los relojes de Posadas andan siempre mal, pues parece que cada uno arregla el suyo *a ojo*, como los paisanos de la campaña de Buenos Aires determinan la hora, a veces con asombrosa exactitud, levantando perpendicularmente a la palma de la mano el dedo medio, después de haberse orientado, porque saben de qué lado sale el sol, aunque ellos digan algo que, traducido en términos un poco más cultos, se podría interpretar diciendo que sienten o adivinan el meridiano. Al fin, hacen de la mano un gnomon.

Para los que jamás han salido de su aposento sombrío estas adivinaciones astronómicas suelen revestir un carácter maravilloso; pero ellas se humanizan no poco cuando se piensa que la vida en el campo es una Academia de empirismo superior.

Hace algunos años me extasiaba pensando, después de leer *Civilización y barbarie* de Sarmiento, cómo harían los paisanos para hallar su perdido camino en ciertas noches tenebrosas de la Pampa con sólo apearse del caballo y examinar el pasto.

Hice algunas preguntas al respecto, pero ninguna respuesta era satisfactoria, hasta que cierto día, hallándome en Curá-malal, a fines del 83, se acercó a mí un paisano y miró la brújula que tenía cerca. No fue poca su sorpresa al observar la dirección en que quedaba el norte y, como le preguntara de qué se sorprendía, me dijo que él pensaba que fuera otra; y me habló del viento, de la inclinación del pasto, del lucero y de otros sustantivos concretos. Su sorpresa fue mayor cuando le dije que él tenía razón y la brújula no, porque el verdadero norte era el señalado por él. El lector ya ha entendido que hablo aquí de la declinación magnética, de unos 14 grados en Curá-malal. Pero quien más aprendió en aquella breve conversación fui yo, porque me explicó lo que deseaba y era que, cuando durante todo un día reinaba un mismo viento, tales pastos cedían y se inclinaban en sentido contrario, quedando así mucho tiempo aunque el viento cambiara, de manera que, fijando al tanteo, en la oscuridad, tal dirección del pasto, era fácil orientarse, lo que ya había observado, pero sin darle aplicación. Preciosa lección es ésta que me ha valido muchos capítulos llenos de fórmulas. Recomendando, sin embargo, el uso de la brújula, pues, como dicen los mismos paisanos «no es para todos la bota de potro».

Pensando, pues, que en Posadas se arreglarían los relojes por el viento o por el pasto, pregunté cierto día cómo se daba la hora y no hubo una persona que no contestara que *por el Meridiano de Bonpland*. Después de nuevas preguntas resultó que no había tal meridiano sino unas tablas de entrada y salida del sol, calculadas por el compañero y amigo de Humboldt.

Pero, si bien todos hablaban del «Meridiano de Bonpland» nadie supo indicarme dónde estaban las mencionadas tablas, lo que me hace pensar ahora que no he hecho tal pregunta a quien pueda saberlo.

En Misiones el nombre de Bonpland es familiar.

Hay allí quienes han visto algunos manuscritos suyos, cartas de Humboldt y otros documentos interesantes, como por ejemplo uno que contenía ensayos del sabio francés para aclimatar o adaptar a suelo no inundado la *Victoria regia*²⁵ y otros muchos.

Bonpland era un sabio laborioso que dedicaba todo su tiempo a escribir, a practicar ensayos de cultivo y a investigar la hermosa Naturaleza que le rodeaba. Pero los manuscritos que dejó al morir se han desparramado, según parece, en gran parte y aún hay quien señale tal párrafo, tales observaciones publicadas hoy, diciendo haberlas leído en este o aquel manuscrito de Bonpland.

Parece que, a su muerte, la familia recibió propuestas para la venta de sus papeles y que algún comedido le hizo entender que aquellos documentos eran «una mina de oro». La mina, empero, comenzó a perder su valor andando el tiempo y, poco a poco, sea por abuso de confianza en aquellos a quienes se permitía el examen de las piezas, sea descuido por parte de la familia, el hecho es que, me lo han asegurado en Posadas, la colección de escritos no es ya ni sombra de lo que era.

Se me ha dicho que en el Archivo de Corrientes deben existir muchos documentos del ilustre sabio, como asimismo en poder de la acaudalada familia de Pujol, con la que aquél mantenía relaciones de amistad. Por lo menos he visto citados, como de Bonpland, ciertos trozos hasta entonces inéditos, incluidos en la obrita del doctor Pujol Vedoya sobre Corrientes²⁶ y su autor, a quien tuve el gusto de tratar abordo del vapor en que regresaba yo del Chaco en 1885, me dijo que, en efecto, su familia conservaba tales documentos preciosos.

En otra ocasión, procurando orientarme respecto de los yacimientos de Mercurio, alguien me dijo, no recuerdo quién, que había tenido a la vista un pequeño mapa trazado por Bonpland y en el que, marcados con color rojo, en ciertos cerrillos, había unos puntos que correspondían a ciertas minas de Azogue.

Pero ningún dato es, a mi juicio, tan precioso respecto de los trabajos de Bonpland como uno que me ha comunicado el doctor Bertoni.

Me dice que, hallándose en Santa Ana, a fines de 1884, conoció allí a uno de los moradores, Nicolás D'Almeyda, brasilero, y que este individuo le hablaba con tal seguridad de los nombres indígenas de las plantas y de sus virtudes medicinales o propiedades industriales que quedó sorprendido al oírle y mucho mayor fue su sorpresa cuando le oyó aplicar a las mismas plantas, si no siempre sus nombres específicos, técnicos, casi siempre el genérico o cuando menos el de familia. Aunque tal cosa puede

²⁵ En la edición original decía *Victoria Regina*, que hasta entonces era el nombre del Nenúfar. El propio Holmberg lo corrige por *Victoria regia* en las *Adiciones y enmiendas*. (N. de la E.)

²⁶ Jean N. Pujol Vedoya, *Province de Corrientes (Rèpublique Argentine). Son passé, son présent et son avenir*, Marpou et Flammarion, Paris, 1883. (N. de la E.)

hacerla cualquier entendido en botánica era demasiado para D'Almeyda quien, sin ser una persona inculta, ignoraba por qué razón tal planta era una Bignoniácea y tal otra una Sapindácea. Esto le llevó a consultarle sobre el origen de sus excelentes conocimientos y el otro no vaciló en satisfacerle, comunicándole que los había adquirido en una obra manuscrita, en latín, castellano, portugués, francés, alemán e inglés, titulada *Nomenclatura* (obra de la que, por cierto, he oído hablar más de una vez en Misiones con el nombre de *Nomenclatura de Bonpland*, lo que me hace pensar que tanto ésta como el «meridiano» son bienes comunales). Cuando el doctor Bertoni le pidió verla, le dijo que lo haría con el mayor gusto; pero que algunos años antes, andando por Misiones un botánico francés, Grenier, se la había pedido prestada para tomar unos datos y que, cuando acordó [*sic*], datos, nomenclatura y botánico faltaban en Santa Ana.

No conozco otro botánico Grenier que uno de los autores de la *Flora de Francia*²⁷ y como no tengo la más leve idea de que sea él quien ha estado en Misiones ni sé quién sea el botánico de tal nombre que ha visitado el territorio, pienso que el homónimo no ha hecho un gran servicio al distinguido autor o que se trata de algún individuo que viajó con nombre supuesto y «salvó» la citada nomenclatura.

La vida de Bonpland, tal cual la conocemos por el trabajo biográfico de Auguste Saint-Hilaire y por los datos de personas que le han conocido, fue una cadena de laboriosidad, abnegación y filantropía. Su cautiverio en el Paraguay, su trato constante con gente de campo, su sencillez natural, hicieron de él un campesino de aspecto inculto. De aquel hombre que había tratado a la emperatriz Josefina íntimamente y sin duda a Napoleón, de aquel sabio que paseaba por la Malmaison como en casa propia, que había ilustrado su nombre ligándolo al del sabio más brillante de nuestro siglo; conquistado por Rivadavia para nuestro país, de ese hombre la corteza civilizada desapareció por completo, pero conservando siempre en su corazón de santo los sentimientos que el medio primitivo no alteró jamás y el altar que, dentro del cráneo, sólo pudo apagarse con el último latido.

¡Cuántas veces, al oír su nombre, recordaba aquellos troncos gigantes inclinados sobre las aguas del Quiá; y cuántas veces, al sentir el falso aviso de las horas, volaba la imaginación hasta aquellas riberas del arroyo chaqueño, donde el coloso, con el corazón no perforado aún, pero con la corteza profanada, ostentaba su fúnebre guirnalda de Morrenias y de Tropeolos!

Un día pagaremos nuestras deudas a los Azara, a los Bonpland y a tantos otros cuyas blancas imágenes duermen un sueño de mármol en las canteras de Carrara y jamás los cinceles de nuestros escultores modelarán contornos más simpáticos a la causa de la Humanidad.

Pero observo con disgusto que me voy inclinando al sentimentalismo y que no valía la pena viajar hasta Misiones para ocuparse, por referencias, de Bonpland.

Mas no es posible sustraerse a la influencia de la soledad y bien dicen que en tierra de ciegos... Lo cierto es que el aislamiento en que viven los habitantes de la Capital de Misiones aumenta las figuras o más bien, dejándoles su natural magnitud, lucen más por la falta de términos de comparación.

²⁷ Probablemente se refiera a: Ch. Grénier et D. A. Godron, *Flore de France ou description des plantes qui croissent naturellement en France et en corse*, Savy, Paris, 1848, 3 v. (N. de la E.)

¿Qué mucho sorprenderse, por otra parte, si las ruinas de cierta casa de Yapeyú, cubiertas primero por el musgo, han rodado más tarde dispersas en todas direcciones?

De todos modos, he procurado mostrar una faz del pensamiento en aquellas comarcas, lo cual me obliga a tocar otra.

El verano, a los 27° de latitud, en esta parte del mundo, destila ciertos fluidos que ejercen su acción maléfica en todos los mortales y una de las más pertinaces, una de las que más se oponen al lustre de las poblaciones sobre las cuales se ejerce su acción, es *la siesta*.

¡La siesta! Quisiera que los puntos de mi pluma tuvieran la elasticidad de los de Teófilo Gautier, cuando en rasgos llenos de auroras y sonoridades perdidas despierta a Pompeya de su letargo secular.

Pero ya que con ser «Waverley» no alcanzarán, con el jugo que beben, otra cosa que una rigidez contraria a mis deseos, voy a procurar ser fiel a mis principios y arrancar del cuadro vivo... no, del cuadro en siesta, los rasgos más conspicuos.

Los primeros rayos del sol han dispersado las nieblas nocturnas con que el Alto Paraná adorna su agitada superficie. Los bosques lejanos han pasado por los diversos matices de la noche, de la aurora y de la mañana y sólo a gran distancia muestran sus tonos de lila con que los baña el aire saturado.

Las brisas dispersas corren por las calles y en su tropel invisible se engolfan en las casas o hacen tremolar la banderilla del boliche, levantando a su paso el polvo fino de color ladrillo que en no interrumpida masa forma el suelo de Misiones.

La mañana es agitada. Por todas partes las paraguayas cubiertas con el *tipoy* llevan las provisiones diarias; un vendedor ambulante ofrece aquí su mercancía, acude al llamado de más allá; tal puerta se abre y asoma una cabecita inquieta; tal otra da paso a una bandada de chicuelos bulliciosos y, por todos lados, las gentes de servicio apuradas llevan su carga tanto más preciosa cuanto que han debido formarla en el Mercado.

Aquí es donde se da cita todo lo que hay de bullanguero y travieso, de compadre y entrometido.

Jaula de loros de todos los tintes, de todo plumaje, gritando los unos, cantando los otros, silbando aquellos, vociferando los más, renegando los mismos, dialogando en guaraní la mayor parte, desatendiendo al comprador para llamar la atención del *ché carai tubischá* que pasa aturdido... aquello es un infierno.

Poco a poco las calles van quedando desiertas. El ruido chillón e insoportable de las carretas con los ejes hambrientos de grasa se hace más perceptible e incómodo; el canto de la Cigarra silbadora es más penetrante; los chirridos de las Golondrinas se vuelven más escasos y los Nauceros que despliegan sus grandes alas en el aire azul, dejan caer desde la altura su nota de cristal, para alejarse luego a comarcas más fecundas.

Los comensales retardados del Gran Hotel llegan silenciosos y se retiran lo mismo, mientras Curzio lanza el último yámbico agonizante para confiar a la almohada el reservado troqueo. Se siente algo como sedimentos superpuestos en la atmósfera no agitada; en uno de 30 grados se entremezcla poco a poco el de 35; y los rayos del sol, como dardos finísimos, como chispazos de un diamante incandescente, despiertan en el suelo caldeado las tremulantes ondas de refracción, esos latidos del aire inferior cuyas

sonoridades se pierden para nuestros tímpanos y que sin duda escuchan agitados los Pómpilos, Hormigas y Mutilas.

Las puertas están cerradas. Allí, allí cerca, ha cesado el golpe sordo de un martillo sobre la suela informe y el artífice, con los brazos caídos, entorna poco a poco los párpados que daban paso al examen de su obra; la tijera entreabierta descansa sobre el paño sin cortar; las brisas fugaces pasan indiferentes ante el cuadro y las sombras de los aposentos se pueblan de sonoros ronquidos.

Más allá, la imaginaria del cuartel refleja en sus vaivenes el rayo de luz quebrado por el fusil y busca en la garita encendida la sombra sin frescuras.

Las flores destilan aromas ardientes y las hojas, incapaces de compensar sus pérdidas, se doblan marchitas, mustias, como rendidas por el sol; mientras que los Naranjos y Bananeros, acariciados por el incendio del aire, le devuelven en reverberaciones de colores todo el triunfo de sus esmeraldas tropicales.

De cuando en cuando una carambola perdida rompe el letargo del perro que sueña con el Tigre o el *Mborebí* de la selva virgen, o gruñe al *Tateto* imaginario cuya figura se confunde entre los vástagos intrincados del *Tacuarembó*, entrelazado con Pasionarias de fruto dorado.

Las Palmeras levantan su penacho recortado y, al verlas inmóviles, se diría que parecen un capricho de metal.

Nadie cruza las calles solitarias sino los forasteros para quienes aquellas comarcas tienen su encanto y atractivo en verano, como los tiene la Rusia con el sudario hiemal; pero esos no están siempre allí.

Durante las horas de mayor calor se duerme y se duerme seriamente, a puerta cerrada.

Por mi parte nunca he sentido la necesidad de la siesta, sin duda porque he experimentado la del tiempo y ya fuera en Tucumán, en Salta, en el Chaco o en Misiones, siempre me ha perseguido la idea de que no valía la pena ir tan lejos con semejante objeto; antes, por el contrario, he hallado placer en recibir todo el sol a esas horas, no tanto porque, mientras corren, abundan las presas que más he buscado, sino por algo que debo atribuir a una necesidad de sol; cuando me siento bañado por aquellos rayos casi tropicales me parece que pasa por la imaginación algo semejante a la voluptuosidad de las golondrinas cuando llegan en la primavera; se diría que sus alas son pequeñas para bañarse en el aire tibio y que todas las actitudes de sus cuerpos no alcanzan a satisfacer su apetito de sol.

Conversando cierto día con Francisco Fernández respecto de la siesta, particularmente por la cantidad de horas que se pierde, me dijo: «Yo también pensaba lo mismo cuando llegué a Misiones. Necesitaba sol, luz, tiempo; resistí un año, pero me rendí al segundo. Tú vienes de paso a estudiar esta tierra, a recoger los productos del sol cuando quema; al segundo año te rendirías también. El fenómeno es general y el que no duerme se enferma».

Sea lo que fuere, no puedo argüir en contra, porque me falta experiencia.

Pero la siesta aletarga el espíritu y Fernández mismo es un ejemplo. Nadie que le conozca negará que es una de nuestras inteligencias más activas. Y bien: en los cuatro años que lleva en Misiones, no ha producido más que una obra, sólo una. Es una hija ardiente del sol tropical, un trabajo que tiene toda la pompa nativa y toda la grandeza que puede comunicarle un espíritu que elabora su creación en un clima de fuego y la

perfecciona y acaricia en la soledad, en el aislamiento de las leguas que le separan de los centros bulliciosos.

Vira-cocha, la obra maestra de Fernández, no es la creación de un poeta entusiasmado por el secreto estético de los problemas sociales; no hay en ella un soplo de sus dramas simbólicos ni las explosiones de un corazón generoso que llora en estrofas hirientes las injusticias humanas y los desequilibrios jerárquicos. *Vira-cocha* es una epopeya incana,²⁸ llevada a cabo con toda la prolijidad de un arqueólogo y toda la delicadeza de un psicólogo empírico. Destinado el trabajo para libreto de una ópera, se me ocurre que orquestada por Berón²⁹ causaría una verdadera sorpresa en nuestro mundo musical porque tiene bellezas de un carácter propio del estro grandioso del olvidado maestro argentino.

Lo que pasa en el caso que he citado, ocurre con los demás habitantes de Misiones. No hay gusto para el trabajo continuado y hasta cierto punto monótono del escritor que, mientras puebla su cerebro de movimiento y de colores, de contornos y de imágenes, relacionando unas cosas con otras para elaborar la reflexión, debe someterse a un reposo casi completo del resto de su cuerpo.

De aquí que la conversación sea un desahogo para las acumulaciones mentales. Y por cierto que no faltan algunos conversadores de prima potencia que dejarían muy atrás a algunos maestros que yo conozco; pero también es verdad que ninguno alcanza a dominar a su auditorio como sucedía con don Domingo de Oro, esa «palabra viva» como le llamó Sarmiento; pero es que Oro sabía escuchar y si es seguro que una vez que él tomaba la palabra no la dejaba ya, era porque sus oyentes, magnetizados por las sutilezas de su elocuencia, se abstenían de interrumpirle para no perderle un momento.

En el mismo Gran Hotel San Martín había un Club Social, cuya existencia bastante ambigua se parece a las cosas que no existen. Sin embargo, allí se dio una tertulia el día 7 de febrero (en honor nuestro, según nos dijeron Fernández y otros caballeros, lo que siempre hemos aceptado como una simple galantería comparable al efecto de los cazadores para quienes se dijo: *Tirer sa poudre aux moineaux*) [en la que] pudimos observar la muy heterogénea composición del bello sexo posadeño, como que hay allí damas y señoritas de diversas provincias argentinas y aun paraguayas y brasileñas.

Por lo demás, la vida es allí completamente doméstica.

Fuera de la Iglesia, que trae bastante concurrencia de devotos y de curiosos, no hay otro teatro de reunión.

Un habitante de Posadas me invitó una tarde a asistir a la Iglesia; pero el muy pobre aspecto de ésta, la escasa luz de los candiles y la voz del cura que, desde el púlpito, enseñaba oraciones a los fieles arrodillados, haciendo honor a la memoria de éstos a quienes sólo entregaba, en monótono ritmo, grupos de dos o tres palabras, ahuyentaron mi persona del templo, como que por otra parte faltan allí las lianas y las abejas, no así las avispas, que pueblan el techo con sus innumerables nidos de cartón.

²⁸ Incaica. (N. de la E.)

²⁹ Suponemos se trata de Saturnino Berón (1847-1898), músico y militar nacido en Paraná. Este compositor es considerado pionero del nacionalismo musical; dirigió bandas militares y es autor de los poemas sinfónicos *La Pampa* y *Entre Ríos*, la sinfonía *Buenos Aires*, la marcha *Paso de los Andes* y del *Tratado de música moderna*. (N. de la E.)

Todas las tardes la banda del Batallón (2.º del 3.º) sale a la plaza y los ejercicios doctrinarios y la música suelen llamar alguna concurrencia. Como casi siempre sucedía esto a horas en que me encontraba lejos del pueblito en las excursiones y al regreso estaba más cansado que curioso, no he prestado grande atención al punto.

Las piezas de la banda son trozos generalmente elegidos de las óperas italianas, que los músicos, casi todos criollos, ejecutan bastante bien. El repertorio es variado y por lo mismo sus sinfonías atraen más bien que ahuyentan el auditorio.

En los días que permanecí en Posadas tuve ocasión de oír un vals compuesto por uno de los capitanes del Batallón, Medardo Latorre, hábil guitarrista discípulo de Alais. Aquel distinguido amigo, nacido en Salta, no ha podido, al crear, sustraerse a la influencia musical de la raza poderosa que dominó su provincia nativa en los siglos pasados y *La vida militar* (que así se llama su trabajo) evoca, en los que hemos oído en el norte andino los cantos de los Quichuas, esa melancolía dulce y plañidera del *yaraví*. Latorre no olvidará jamás los *tristes* y *vidalitas* de los valles y de las sierras, que oyó tantas veces en sus primeros años y, en más de una ocasión, al escuchar las hermosas piezas que con maestría ejecuta se me ha ocurrido que existe en nuestro pueblo un elemento musical propio, que podrá ser efecto de una fusión de razas tan variadas como la sangre quichua, pampa, charrúa, árabe, guaraní, negra y blanca que forma la matriz étnica del país, pero que existe como una entidad en evolución, digna de ser llevada a mayor desarrollo por los Berón, los Rojas, los Gutiérrez³⁰ y tantos otros compatriotas de distinguida escuela.

Como ejecutante, jamás he notado un individuo que se desenvuelva con más pasión que Latorre y aunque carece de la mímica y entusiasmos de Dalmiro Costa, ese energúmeno que ha conseguido hacer del piano un instrumento superior, tiene en cambio manifestaciones reconcentradas que no pueden escapar al observador atento. Entra quizá por mucho en esto el carácter natural de los hijos de las provincias a que ambos pertenecen. Pretender que un salteño no sea reposado y enemigo de la gran mímica, es lo mismo que exigir lo contrario a un porteño, a un cordobés, o a un entrerriano.

Por ejemplo, es de gran mímica invitar al amable lector a pasar a otro capítulo sin música.

CAPÍTULO X *En Misiones*

LAS RESTINGAS. • LA LAGUNA. • TOBAS VOLCÁNICAS. • EL BASALTO. • CLORITA. • VIRIDITA. • MELAFIRA. • GEODAS DEL IGUAZÚ. • LA CAL. • EL HIERRO. • EL CUARZO. • NO HAY CAOLÍN. • ARENAS. • ARCILLAS.

³⁰ Estimamos que las referencias son a Saturnino Berón (ver nota anterior), *Miguel Rojas* (1845-1904) y Juan Gutiérrez (1840-1906). *Rojas*, pianista, compositor y director de orquestas y coros oriundo de San Nicolás de los Arroyos, fue el autor de la *música* de las primeras zarzuelas compuestas en nuestro país, como *Amor y orgullo*, *Los dos padres* y *El pasaporte*; fue también cofundador de la Sociedad dramático-musical “Los Negros” y director de comparsas carnavalescas. Gutiérrez, compositor nacido en Buenos Aires, fue fundador y primer director del Conservatorio de Música de Buenos Aires en 1880 y autor de *Himno a la libertad* y del libro *El arte del solfeo*. (N. de la E.)

Uno de los rasgos más particulares de la fisonomía del Alto Paraná es la presencia de ciertas barras naturales de piedra que lo cruzan de trecho en trecho y que, a no dudarlo, se oponen como uno de los mayores obstáculos a su navegabilidad perfecta.

Sin embargo, las *restingas*, nombre con que se las conoce en Misiones, tienen ciertas brechas por donde pasa el canal o cauce más profundo del río y que los prácticos conocen bien.

Durante las crecientes, las aguas las cubren por completo y cuando éstas bajan, quedan en parte descubiertas, en parte veladas, en cuyo caso sólo se nota su presencia por las *reventazones* y espumas que sobre las piedras se producen.

La más notable que existe en todo el trayecto, desde Paso de los Libres hasta Santa Ana, es la conocida con el nombre de Salto de Apipé, situada cerca de Ituzaingó.

La *lámina II* (p. 146), obtenida por fotografía, puede dar una idea de lo que son las *restingas* más comunes.

Ella no representa propiamente ninguna de las *restingas* del río, pero es la continuación de una de ellas. Encuéntrase situada en la laguna que existe al pie de la barranca de Posadas y que comunica con el río por una ancha boca.

Entre ella y la barranca hay un bañado donde crecen las plantas propias de los terrenos bajos, inundados y arcillosos, como asimismo muchos vegetales arbóreos, entre los cuales, más de una vez, he visto diferentes especies de Mirtáceas, a la sazón con frutos, que he conservado para el caso supuesto de poder cultivarlos en Buenos Aires.

Esta laguna puede tener unos 600 metros o algo más de largo, por un tercio quizá de ancho y la masa de sus aguas queda separada del Alto Paraná por una angosta lengua de tierra.

En la *lámina II*, la *restinga* corre hacia la barranca, por cuanto la vista ha sido tomada desde su extremo; pero, de todos modos, representa muy bien lo que deseo indicar.

Examinando la roca que la compone se nota bien pronto su semejanza, su identidad mejor, con las que se encuentran en el mismo puerto de Posadas y que no son otra cosa que tobas volcánicas, cuyos diversos componentes se hallan dispuestos, en la masa, de muy diversa manera y en muy distintas proporciones. En casi todas, empero, se nota la descomposición por la influencia de los agentes exteriores hasta cierta parte no poco considerable de la superficie y allí, donde la pasta ígnea les ha ofrecido mayor resistencia, han desaparecido los nódulos accesorios y quedan los huecos que antes ocupaban ellos.

De esta manera, la roca batida por las aguas tiene, superficialmente, el aspecto de una masa esponjosa o celular, lo que sólo por excepción se encuentra en el Territorio, y esto no en las *restingas* mismas sino en puntos situados tierra adentro. Volveré a estos últimos.

Ese aspecto celular superficial es, sin duda, lo que ha originado el nombre de *Basalto* aplicado a las rocas a que aludo.

No me tengo muy por entendido en cuestiones de petrografía y sé respetar las opiniones de los demás pero, como había leído en varias partes que las *restingas* eran de Basalto y no sabía qué autoridad científica las había clasificado así, tomé el camino más seguro, cual era el de recoger todos los datos y muestras que pudiese, para someter

luego éstas y aquéllos al examen de una persona más competente que yo. Y tengo para mí que no hay nada más seguro porque un error de determinación cometido por un ignorante como soy yo pierde su importancia si el objeto que lo ha motivado puede estudiarlo después uno que sea entendido, mientras que, por el contrario, si la afirmación de un incompetente es falsa y se toma por buena, puede traer, más de una vez, serias consecuencias.

Por ahí anda rodando un grueso libro en el que se habla de la excelencia para el cultivo de cierto suelo que tiene más de 83 por ciento de arena, suelo en el que «abunda extraordinariamente el hierro» y, a renglón seguido, el análisis del mismo suelo, con fracciones que llegan al miligramo, y en el cual, *¡si tacuisses!*, ¡no figura el hierro para nada!

Nadie puede arrebatarse a un chambón el mérito de un descubrimiento, y, si acertó por carambola, la comprobación de los maestros no hará más que fortificar la parte de mérito que le toque. Si, por el contrario, resulta que se equivocó, podrá escudarse con el esfuerzo que hizo para salir bien parado; pero, equivocarse sin haber hecho tal esfuerzo, ¡bah! no se le hace caso, y asunto concluido, máxime si, por tal error, toma todo el aire insoportable de una competencia petulante.

Por mi parte, al ocuparme de las cuestiones que encierra este capítulo, sólo me resguardo con el trabajo que he hecho y no pretendo que mis afirmaciones sean tomadas de otro modo que como datos que, agregados al estudio ulterior de las muestras, por persona que lo entienda más que yo, se comprueben o, si se rechazan, que se vea en ello la obra del error y nada más.

No trataría aquí de esta cuestión de las rocas de Misiones de un modo detallado si la circunstancia de haber sido *mano abierta* con lo que observaba o descubría en aquel Territorio no me hubiera obligado a publicar, en un diario de la Capital (*La Nación*), apenas estuve de regreso, ciertos datos que temía fuesen desfigurados más tarde.

Pero volvamos a las rocas.

Apenas tuve oportunidad de examinarlas me pareció que no eran Basaltos y así lo dije, juzgando, en mi escasa práctica, por lo que de ellos había estudiado y por las muy pocas muestras que antes había visto.

Examinando una fractura fresca de la roca aludida se observa la presencia de numerosos nódulos, generalmente redondeados, de muy distintos tamaños pero, por lo común, algo menores que un garbanzo, desparramados desigualmente en un cemento tobáceo.

Estos nódulos son de tres tipos predominantes.

Los unos son de Carbonato de calcio hialino, bien cristalizado y con clivaje perfecto, pero siempre con forma nodular, como si fueran oolitas o pisolitas encerradas.

Los otros son de una sustancia terrosa, que parece arcilla y que, si alguna vez presentaba cierto brillo seríceo, como si fuese debido a la presencia de cristales aciculares en extremo finos, tal cual se observa en el Amianto, en casi todos esos casos he hallado el Carbonato de calcio debajo, como si la sustancia terrosa lo tiñera superficialmente. Su color es verde claro, tirando a verde manzana. En el Ácido sulfúrico no produce fenómeno apreciable; en el Clorhídrico tiñe a éste de amarillo, como solución débil de Percloruro de hierro; calentada en tubo abierto o cerrado pierde agua y se torna gris; en partículas pequeñas y con llama viva funde difícilmente y se

vuelve negra y magnética; en la perla de Bórax y en la de Sal de fósforo, produce ciertas reacciones del Hierro, pero sucias; en el Ácido nítrico se disuelve en parte, otra parte se precipita y otra forma nubécula grumosa que al fin se sedimenta.

La solución en Ácido nítrico tratada por el Prusiato amarillo de potasio se tiñe intensamente de Azul de Prusia; en la perla de Carbonato de sodio se disuelve completamente, formando un vidrio opaco y sucio.

En el Amoníaco, nada.

Todas estas reacciones, llevadas a cabo con el pequeño arsenal de viaje, me indujeron a pensar que se trataba de un Silicato amorfo muy semejante a la *Clorita*. Más tarde he ampliado las reacciones del mismo y de otro mineral con el que le encontré mayor semejanza aún; pero... ignoro su nombre. En las colecciones que ilustran las *Cartillas científicas* (en particular la del profesor Geikie) y que vende en Londres el señor Mac Millan, figura una roca con el nombre de *Tufa volcánica*, extraída, según parece, de Pompeya. En esta roca hay un componente verdoso, amorfo, que me ha dado las mismas reacciones y así también la roca.

Mi distinguido colega el doctor Brackebusch me decía, algún tiempo después, que los litólogos y mineralogistas habían convenido en llamar *Viridita* a todos estos minerales terrosos, amorfos por lo tanto, verdosos, resultado de la descomposición y que él la consideraría así al estudiar la roca. Como no soy mineralogista y la convención no me alcanza, he procurado averiguar lo que podía porque he hallado excelentes arcillas en Misiones que, por la manera como se encuentran, considero que resultan —a lo menos todo induce a pensarlo— de la simple levigación de la citada *Viridita*, en las masas de las mismas rocas descompuestas en su extremo grado, esto es, en la forma definitivamente terrosa.

El tercer tipo de nódulos corresponde sin restricción a las Geodas, las cuales pueden alcanzar y alcanzan desde medio centímetro hasta dos y aún más. La Calcedonia agatóidea que forma la corteza se encuentra unas veces homogénea, otras como *Ágata perfecta* en la que alteran capas de diversa susceptibilidad en presencia de los agentes exteriores. Tanto es así que, en más de una ocasión, he hallado de estas *Ágatas* en las cuales, después de una fractura antigua, se veían capas alternas carcomidas, como si ellas hubieran sido más dóciles a la acción erosiva del aire o del agua. En ellas es excepcional observar la presencia de Manganeso por la coloración violácea, amatistina; pero, en cambio, es muy frecuente ver teñidos por el Hierro los cristales encerrados o algunas de las capas de *Ágata*. Frecuentemente, también, las Calcedonias son un poco ahumadas y muestran así el tipo del *Pederal*.

En ninguna de las muestras que he recogido era muy notable el tamaño de tales Geodas incluidas; pero sus cristales variaban considerablemente por su aspecto y por su magnitud. En unos casos, visiblemente prismáticos, hialinos y alargados; en otros, granulosos, muy pequeños y casi siempre irregulares o sólo piramidados, y blancos, o teñidos por el Oxídulo de hierro. En una que otra ocasión he tenido oportunidad de recoger masas agatóideas opalinizadas, por ejemplo, en las rocas de la laguna, donde se muestran superficialmente como masas blancas, irregulares, a veces con cierto aspecto esponjoso.

Las tobas volcánicas de las restingas varían un poco en cuanto a la proporción de sus gránulos componentes. Así, en unas, predominan las inclusiones de *Viridita*; en otras, las Geodas y, finalmente, en las demás, los gránulos de Carbonato de calcio,

como sucede, por ejemplo, en el Salto de Apipé, del cual me ocuparé más adelante. Pero, en otros puntos, la masa tobácea toma un carácter más homogéneo; no se perciben granos aislados y bien limitados como en los casos a que he aludido. La roca no muestra burbujas o cavidades globulares; su color es gris más o menos oscuro, salpicado de manchitas difusas, verdosas. Pulverizada, hace efervescencia en los ácidos como si el Carbonato se hallara difundido en ella; las partículas verdosas muestran las reacciones a que he hecho referencia y en alguna que otra ocasión se observa bien claramente la presencia de un grano blanco lleno de cristales de Cuarzo, como si fuese una geoda en miniatura. A veces, también, la masa es de un color rosado como las areniscas; no tiene burbujas, carece de partículas verdes y sólo se puede admitir su naturaleza tobácea después de un examen prolijo. O bien, sin cambiar su aspecto, muestra los granos verdes, grandes, siendo muy escaso el Carbonato de calcio.

En alguna que otra ocasión he observado el suelo petroso surcado por estrías o fracturas profundas, rectas, cruzadas en ángulos variados y las porciones comprendidas entre ellas, sujetas al desgastamiento periférico, se han redondeado más o menos en su superficie perdiendo simultáneamente la masa, por levigación, una parte del Hierro, y tomando un color agrisado. Así se presenta el suelo pétreo a que he aludido antes (capítulo VI, p. 101), cuando se penetra en estas formaciones particulares y he tenido oportunidad de observar lo mismo en ciertas partes de Santa Ana, en Posadas, etc.

Estas rocas, pues, con o sin gránulos bien limitados, de carácter volcánico y de edades diferentes, aunque no muy distantes, como que a veces las masas granosas se hallan surcadas por tobas más homogéneas, con filtraciones cuarzosas interpuestas, blancas, laminosas, delgadas, a veces cristalizadas, para la simple vista, constituyen el fundamento pétreo de Misiones.

Si estas rocas, según lo que de ellas he dicho, y más aún, según lo que resulte de su examen microcristalino (que el doctor Brackebusch me ha ofrecido llevar a cabo estudiando él las piezas o enviándolas a las primeras autoridades científicas en la materia) son Basaltos, quiere decir simplemente que mi opinión no era la misma de los que así las denominaron y que he cometido un error de determinación relativamente a la opinión de los maestros. No insistiré, en tal caso; pero, a lo menos, ya que me he expuesto a ser contrariado por tal opinión mejor, deseo, a lo menos, dejar aquí una constancia del fundamento de la mía.

Dije antes que, apenas llegado de Misiones, había publicado una carta manifestando mi opinión al respecto. En ella dije que, para mí, la roca en cuestión era una Melafira. Diré por qué motivo.

Entre los muy pocos libros que llevaba, tenía uno pequeño de Édouard Jannettaz, *Les Roches, Description de leurs éléments, Méthode de détermination* (J. Rothschild, Paris, 1874). Procurando orientarme en la determinación de la roca aludida y habiendo llegado a las Melafiras, encontré un pasaje que me pareció de excelente indicio. Dice el autor (p. 105):

Dans les Mélaphyres d'Oberstein et d'Idar, sur le bord de la Nahe, dans l'Oldenbourg; dans ceux des carrières de Salto, près [!] de Montevideo, Uruguay, les cavités deviennent souvent plus grosses que la tête, et leurs parois se recouvrent de ces belles incrustations d'agate et d'améthyste si recherchées pour

la joaillerie. Dans certains nodules d'agate, l'on reconnaît le canal par où s'est infiltrée la matière siliceuse.³¹

De mis averiguaciones ulteriores resultó que el Salto del Uruguay no era otra cosa que una restinga comparable a las del Alto Paraná, de igual edad geológica, tal vez, y constituida, aparentemente, de la misma manera, siendo su erupción sincrónica con aquéllas.

No he visto en las masas pétreas, de la porción de Misiones visitada por mí, una Geoda tan grande como la cabeza; pero tengo en mi poder algunas más pequeñas, de algo menos de un decímetro, procedentes del Iguazú y que me regaló en Posadas el señor Alegre. En ellas se distingue claramente la presencia del Manganeso y el doctor Brackebusch, al fracturar una, encontró la abertura de infiltración. Su exterior no ofrece nada de particular. Se encuentran como trozos rodados, de diversos tamaños, de superficie algo irregular, redondeados, un poco deprimidos y los cristales que contienen son levemente amatistinos, irregulares, pero bastante grandes, de 1 centímetro o más.

Por otra parte, he tenido oportunidad de observar una cantidad de Cuarzo cristalizado, procedente del Iguazú y de la porción del Brasil situada más al norte. Para colección, era una cantidad enorme, en la que no he podido hallar otra cosa que variedades de Cuarzo, tales como el hialino, el lechoso, la Amatista, el Falso topacio y Ágatas diversas, casi todas ferruginosas, ninguna notable, pero sí algunas bonitas aunque monótonas. Esta colección había sido reunida durante largo tiempo por el señor Rivera Indart^{32a} quien la destinaba para adornar una gruta en Buenos Aires.

Entre las rocas que traía, tuve oportunidad de examinar algunas Melafiras gris-oscursas frescas, como las que se encuentran en Posadas a cierta profundidad, debajo de la capa reblandecida y coloreada por el ocre de hierro.

Ninguna de esas rocas de las Altas Misiones y del Brasil ofrecía importancia mineralógica bajo el punto de vista de su diversidad con las otras que he podido observar en las Bajas Misiones, lo que me induce a creer que la geología de Misiones (como ya lo he dicho antes) es completamente homogénea. Este dato, adquirido por la inspección de las piezas, unido a otros relativos a la construcción topográfica de esa parte del Territorio y que me han sido comunicados por personas que la han visitado, fortifican mi opinión.

Otro dato que deseo recordar aquí se refiere al Caolín. Al salir de Corrientes ya se me habló de este mineral como de una de las riquezas del Territorio y así también en Posadas.

Apenas conocí el suelo, apenas observé las rocas y reuní datos al respecto, afirmé que en Misiones no había verdadero Caolín. Más tarde me hicieron ver el presunto mineral, no en una ocasión, sino en varias; en una, se trataba de las Ágatas blancas opalinizadas; en otra de Arcilla plástica muy clara y seca y, no sé en cuál, de Arena con Arcilla.

³¹ “En las melafiras de Idar-Oberstein, sobre las costas del río Nahe, en Oldenbourg; *en aquellas canteras de Salto*, cerca [!] de Montevideo, Uruguay, las cavidades resultan a menudo más gruesas que la parte superior y sus paredes se recubren de esas bellas incrustaciones de ágata y amatista tan buscadas para la joyería. En ciertos nodulos de ágata se reconoce el canal por donde se ha infiltrado la materia silícea”. (Traducción de la E.)

³² Véase p. 130. (N. del A.)

Es interesante, y lo agrego aquí como justificativo de mis opiniones relativas a la constitución petrográfica de Misiones, un dato de última fecha. He tenido oportunidad de examinar, no ha mucho, una bolsita de pequeños rodados traídos por Leopoldo Echeverría de la playa del río Uruguay, más arriba del salto, y que han sido entregados a Juan Ambrosetti para el Museo Provincial de Entre Ríos (Paraná), donde hoy se encuentran. No había entre ellos un solo fragmento que no fuese idéntico a los del Alto Paraná, lo que me obliga a pensar que el Alto Uruguay no pasa por terrenos en que haya rocas graníticas, porfíricas o, en otros términos, diversas de las que recibe, desgasta y pule el Alto Paraná.

Por otra parte, es curioso examinar el pedregullo de las playas de este río. No se encuentra un solo fragmento rodado, entre los innumerables pequeños que forman aquéllas, que no sea de Cuarzo, en sus muy variadas formas. Ni uno solo de Granito o de Pórfido mezclado con las Calcedonias o Calcáreos desgastados y otros, como sucede en el Río Negro de Patagonia o en otras playas. Todo es Cuarzo, a no ser que, como pieza rara, se encuentre un fragmento redondeado de Arenisca, que al fin es Cuarzo también.

Para terminar con este punto, por ahora, recordaré haber visto, cerca de Posadas, algunos zanjones de erosión natural que dejaban al descubierto las tobas en disgregación gradual, muy intensa en la parte superior y de grietas más distantes en relación con la profundidad, lo que ilustraba muy bien la formación del suelo arable por división de la roca, como se encuentra en cualquier tratado elemental de agricultura pero muy interesante en esa parte de nuestro país, donde tantas cosas elementales toman a veces la fisonomía de un huevo de Colón. Allí el maestro podrá enseñar a sus discípulos lo que en otras partes sólo revela la tiza sobre el tablero negro, y los alumnos, en presencia del cuadro más elocuente de toda la materia, se explicarán así la formación de grandes masas de suelo desmenuzable.

Me he ocupado anteriormente de la Arena de Misiones, en particular de la que se encuentra cerca de Posadas. Más arriba aún, ella se toma o se compra también en la costa paraguaya, ¡y esta curiosidad económica es tanto mayor cuanto que toda la costa argentina está cubierta de Arena!

Como temo que el médano invada este capítulo, pasaremos a otro.

CAPÍTULO XXII ***De Misiones a Buenos Aires***

EL DOCTOR. • REGRESO A ITUZAINGÓ EN BOTE. • PASO POR EL SALTO DE APIPÉ. • SUS ROCAS. • LA NAVEGACIÓN EN EL ALTO PARANÁ. • REGRESO A CORRIENTES. • MILLOT. • EN BUENOS AIRES.

A eso de las cinco de la tarde del 18 de marzo nos hallábamos reunidos en casa de Fernández que bajaba a Corrientes y que ocuparía también un asiento en el bote de Pablo, el cual nos iba a conducir a Ituzaingó.

Un momento antes de dirigirnos al embarcadero entró un joven de mediana estatura, más bien delgado, pero fuerte y nervioso, frente alta y despejada, mirada inteligentísima y de un aire modesto pero resuelto.

Al ponernos de pie para saludarle, Fernández hizo la presentación en estos términos:

Un compañero de viaje: el doctor Bertoni.

Había oído hablar mucho del doctor Bertoni y quedé sorprendido al ver un joven de 25 a 27 años, siendo así que yo pensaba encontrar un hombre entrado en ellos. No era ajena a la idea que de él tenía formada una buena dosis de misantropía, que sólo alteraba pensando que un hombre de ciencia bien puede soterrarse en un desierto para llevar a cabo sus pesquisas, pero no era solamente la ciencia lo que había llevado al joven doctor a Misiones.

Halagado por promesas mal fundadas no sólo en su país (es Suizo del Ticino) sino también aquí, llegó acompañado por su familia y cierto número de compatriotas con el objeto de establecer una colonia y marchó al lejano Territorio a fines del 83, confiando en el cumplimiento de todas aquellas promesas. Crueles desengaños le esperaban. Los colonos se dispersaron, culpando a Bertoni, amenazándole con la muerte, llegando alguna vez a atacarle y debiendo reconocer, al fin, pidiéndole poco menos que perdón, que él había hecho todo lo que era humanamente posible por ellos y que otros eran los culpables.

Pocos días después de venir de Misiones, publicó algunas cartas en un periódico suizo de Buenos Aires, *La Voce del Ticino*, en las que, a grandes rasgos, refiere su triste y penosa permanencia en los confines de la Colonia Santa Ana, a orillas del Yabebiry.

Para soportar lo que él ha soportado se necesitaba un alma de su temple. Y sin embargo, en medio de las más crueles necesidades, no abandonó un solo día sus instrumentos meteorológicos ni las observaciones de la espléndida Naturaleza que le rodeaba. Espíritu esencialmente práctico y con una preparación académica excelente, ha reunido un cúmulo de datos importantísimos sobre los productos de Misiones bajo todos sus aspectos, y en cuanto a sus cuadros de observaciones sobre el clima del Territorio, no tengo inconveniente en declarar que constituyen un monumento científico que ha sido ofrecido a la Academia Nacional, de la que es miembro ahora, y en cuyo *Boletín* ha publicado ya un trabajo en francés titulado: *Influencia de las bajas temperaturas sobre la vegetación en general y sobre los Eucaliptus en particular* y que ha llevado a cabo después de haber hecho unas 40 000 observaciones al respecto.

Bertoni ha publicado en Europa numerosos trabajos científicos, y es miembro de varias corporaciones sabias o económicas, figurando entre otras la de Aclimatación de París, la que, habiendo recibido semillas de Misiones, remitidas por Bertoni, ha obtenido excelentes resultados en los establecimientos franceses del Ton-kin.

No terminaría si hubiera de extenderme sobre los trabajos de Bertoni.

Al poco tiempo de hallarse otra vez en Buenos Aires (1886) se formó un sindicato de capitalistas, el cual suscribió una alta suma con el objeto de explotar los tesoros misioneros, bajo la dirección de Bertoni. Pero los inconvenientes que se ofrecían allí no compensaban con ninguna ventaja comparable a las que le brindaba el Paraguay, mientras que la concesión o venta reciente de la colonia Santa Ana a una empresa particular le obligó a abandonar el Yabebiry y, remontando algunas leguas el Alto

Paraná, establecerse en los ricos campos que el sindicato había comprado en la costa paraguaya.

En la evolución de las cosas, en el girar de la rueda del carro de Sesostris, podremos un día los argentinos que hemos dejado pasar con indiferencia a Bertoni, colocarle, cuando menos, en el grupo de los más ilustres extranjeros que han estudiado nuestra tierra.

Sea lo que fuere, a las cinco en punto soltaba Pablo la amarra de su bote, izaba la vela latina y el trinquete y nos despedíamos de Misiones saludando con afecto a las personas que nos habían acompañado hasta la ribera.

El viento era favorable, la tarde fresca y poco después de entrarse el sol salió la luna, de modo que nuestro viaje, aguas rápidas abajo, no podía hacerse en mejores condiciones, a pesar de la estrechez en que nos encontrábamos, pues éramos siete y el bote iba muy cargado con los equipajes. Por otra parte, las leguas huían detrás de nosotros, ya que Bertoni supo fijar nuestra atención con temas interesantísimos, en particular sobre el Egipto antiguo, bajo sus diversos aspectos, cuestiones tanto más atractivas cuanto que él había hecho estudios especiales en Suiza, Francia y Alemania.

A las doce de la noche anclamos, no sólo porque nos encontrábamos en una parte peligrosa del río, pues se hallaba cerca el fondo de piedra y en la noche era exponerse a chocar por confundir el rumbo o las miras, sino también porque era necesario dormir, esto es, hacer la parada de que dormíamos, porque la suma de nuestras proyecciones en la horizontal era mayor que la superficie disponible y lo grotesco de nuestras actitudes era suficiente para quitarnos el sueño. Convenía también no cruzar de noche el Salto de Apipé, primero por el peligro y segundo porque era menester examinar sus rocas.

Por lo demás, no había Mosquitos, reinaba una brisa fresca, nos arrullaba el cuchicheo de las aguas y nos mecía la embarcación, mientras la luna derramaba en el seno de la noche su masa de rayos purísimos como un velo de infinita y etérea blandura.

Al rayar la aurora, volvimos a tomar las posiciones de viaje y a disponer todo para el paso.

Nos encontrábamos cerca de las islas de la Luna y del Diablo (Yacyretá y Añaretá).

A eso de las siete de la mañana comenzamos a divisar reventazones y a percibir ruido de choques de agua.

Nos acercábamos al Salto.

Las aguas en las restingas formaban como un baile fantástico de espumas.

La velocidad con que la embarcación avanzaba era considerable.

El cielo, a nuestra espalda, parecía un incendio en las nubes de un rojo de lacre; el río, metal en fusión; de oro el sol y los árboles deliciosos de verde y de frescura.

—¡Ahí está!— dijo uno.

Y en ese mismo momento sentimos como que la embarcación se hundía. Mirando hacia atrás pudimos percibir claramente el declive de las aguas.

Habíamos cruzado el Salto de Apipé, del cual me he ocupado anteriormente.

Pablo, que estaba advertido de lo que yo deseaba hacer en el Salto, ejecutó, con una habilidad extraordinaria, una maniobra tan rápida, siguiendo un remolino, que pasó casi desapercibida en el primer momento, pero de la cual nos dimos cuenta después, y

ahora, a pesar del tiempo que ha transcurrido, experimento desasosiego al pensar que los torbellinos pudieron tragarnos.

Sin saber casi cómo, pues, nos encontramos en una pequeña ensenada de rocas y arrecifes que sobresalían más de un metro y en algunas de las cuales había vegetación escasa.

La embarcación subía y bajaba rápidamente como si estuviera en el lomo de un monstruo jadeante, porque siendo el empuje de las aguas descendentes mayor que la velocidad de desalojamiento de las inferiores, hay allí un hervidero continuo.

Por medio de un gancho aproximó Pablo el bote y, aprovechando un movimiento oportuno, salté a una de las moles.

Estas rocas, mojadas, presentan un color marrón o pardo rojizo oscuro; secas, son de un tinte rosa agrisado sucio.

La superficie muestra una multitud de pequeñas cavidades, tanto que, a primera vista, se aproxima ligeramente al tipo del Basalto.

A fuerza de martillo separé algunos trozos (que he traído) y observé que las superficies de fractura no presentaban una sola burbuja o pequeña cavidad, pero sí muchos nódulos, como alverjas, más o menos, de Carbonato de calcio bien cristalizado y casi hialino, de modo que las burbujas externas no eran otra cosa que el hueco que antes llenaban los nódulos arrebatados por el agua. La Viridita muy escasa, deficiente en algunos fragmentos.

Por lo demás, la roca no me era desconocida, ya que la he descrito antes, y representaba, para mí, una de las variedades de Melafira.

Satisfecha la curiosidad por este lado, y en posesión de buenas muestras, volví a embarcarme; y, desde ese instante, consideré que había llegado la hora de descansar.

Resolví no tomar una sola nota más, no escribir una palabra, no cazar nada, no mirar, no ver, hasta llegar a Buenos Aires.

Estaba cansado.

Pero no rendido.

Y ésta fue la causa por la cual, un cuarto de hora después, no pude resistir a la tentación de sacar el lente y examinar con él la roca del Apipé.

No la habría cambiado por un Diamante en ese momento. Esta roca me ha parecido más rica en Cal que las otras de Misiones y se me ocurre que la industria podría aprovecharla para fabricar con ella una especie de cemento o argamasa después de quemada y molida, lo cual sería tanto más importante, cuanto que la Cal, en mantos, no existe en Misiones o a lo menos no ha sido hallada todavía, de manera que es necesario llevarla de Entre Ríos, lo que eleva mucho su precio, aunque es probable que baje, una vez que llegue el ferrocarril a Posadas.

No he tenido tiempo aún para ocuparme de esta cuestión, pero ya llegará la oportunidad de hacerlo y tendré un verdadero placer en comunicarlo al lector interesado.

El examen de esta roca me ha conducido a un punto de orden cuando se hace un viaje a Misiones.

¿Es navegable el Alto Paraná?

Vale tanto esta pregunta como la otra:

¿Es navegable el Río de la Plata?

Es claro que lo es, porque, si no lo fuera, no lo sería.

Que el Salto de Apipé es un inconveniente, no hay la menor duda. La roca, sin embargo, es relativamente blanda; el taladro, fácil de aplicar; la dinamita haría el resto. Aunque atracados a la costa y valiéndose de espías los botes pasan; pero no pasan al remontar, y es muy natural, por el salto mismo, cuya velocidad es muchísimo mayor que la suma de los esfuerzos del brazo y de las velas. Habiendo bastante agua, el salto (o corredera) desaparece y los vapores lo cruzan sin esfuerzo. Pero el inconveniente de la falta de agua no es privativo del Alto Paraná en el Apipé, lo es en todas partes y mal podría argüirse contra un río, porque, en un momento dado, no tuviese agua en un punto.

En presencia de los elementos de que hoy echa mano la industria y de las ingentes sumas que las naciones civilizadas gastan en beneficio público, el Salto de Apipé no es más que un espantapájaros. En ese punto, el Alto Paraná no da paso al buque de vela o más bien la vela no es suficiente para vencerlo y, en este sentido, el Alto Paraná no es navegable allí. Pero lo es para buques de vapor que avanzan a razón de 12 ó 13 millas.

Desde Corrientes hasta el Salto de Apipé es perfectamente navegable y desde el Salto de Apipé hasta el de Guaira lo es también.

¡Una dificultad!

Convenido. Pero, el Paraná mismo, uno de los ríos más espléndidos del mundo, ¿no ofrece a veces inconvenientes a la navegación por falta de agua en grandes bajantes y sólo en algunas partes?

Llegará el día en que desaparezca el Salto de Apipé, porque tal fenómeno es una necesidad para el desarrollo económico de aquellas comarcas. Pero la lentitud con que ellas progresan y la presencia de la locomotora en Posadas, quizá dentro de poco, retardarán la obra indefinidamente.

Pero vamos a dejar esta cuestión, que pertenece por derecho de existencia a los ingenieros.

A las ocho y media estábamos en Ituzaingó, donde permanecimos hasta la noche. Con la luna muy alta ya, nos pusimos en marcha hacia Corrientes, adonde llegamos antes de mediodía, habiendo perdido algunas horas a causa de un remolque infructuoso.

En Corrientes nos comunicaron que el vapor de la carrera acababa de zarpar para Buenos Aires y esto nos obligaba a detenernos allí hasta el día 24, día en que bajaría otro del Paraguay.

Tuve ocasión de volver a ver allí a Millot, quien puso en mis manos algunos ejemplares de minerales obtenidos por él en Misiones, cerca del río Alto Uruguay, y también algunos Insectos y Moluscos.

P. E. Millot es un francés joven aún, amable y emprendedor, que ha recorrido aquellas comarcas guiado por el amor a los viajes y por un espíritu positivo y que, sin desdeñar los placeres que un viaje ofrece a la contemplación del curioso inteligente, ha sabido clavar la mirada en los recursos naturales que aquellos ricos territorios ofrecen a la explotación.

En 1883 y 1884 trajo a Buenos Aires hermosas colecciones de plantas indígenas vivas pero el resultado no correspondió a su expectativa y si se agrega lo de siempre, falsas promesas, usurpaciones de prerrogativas, alguno que otro engaño, etc., etc., se comprende que Millot no quisiera volver a ocuparse de enriquecer nuestros jardines con

el fruto de su trabajo. ¡Y qué trabajo penoso! Cuando le vi en Corrientes, estaba empeñado en fundar un establecimiento mecánico, montado con buenos recursos pero ignoro con qué resultados.

En estos momentos se encuentra al frente de una compañía por acciones, instituida con el objeto de explotar las maderas del Chaco, de Corrientes y de Misiones.

El 24 de marzo tomamos el vapor y el 28 llegamos a Buenos Aires.

Mi deseo estaba cumplido, el capricho satisfecho, las colecciones reunidas y salvadas, en mi poder los materiales que buscaba y bien pronto, amable lector, tendré la satisfacción de entregarte, como un homenaje a tu paciencia, el fruto ya maduro de una larga tarea.
